



DOMINGO DE PASCUA*

“A éste, Dios le resucitó al tercer día y le dio la gracia de manifestarse”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer las lecturas antes del Comentario

Lecturas: Hechos 10,34.37-43; Colosenses 3,1-4; Juan 20,1-9

La Misa del Domingo de Pascua tiene un necesario presupuesto litúrgico: la celebración de la Vigilia Pascual en noche del sábado. En ella había resonado la proclamación del enviado celeste ante las mujeres: “Buscan a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado. No está aquí” (Mc.16,6). En tan pocas palabras se resume todo el misterio en torno a Jesús. Su vida quedó resumida en “el crucificado”. La crucifixión resultó como consecuencia de su fidelidad y entrega al proyecto del Reino de Dios. Es lo que se deduce de los relatos de los evangelios. Pero la palabra definitiva radica en “ha resucitado” o, mejor “ha sido resucitado”, glorificado, por Dios. Ya “no está aquí”, en el mundo de los muertos. Lo formula muy bien el evangelio de Lucas: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo?” (Lc.24,5). Resurrección no significa volver a este mundo nuestro en el que reina aún –¡y de tantas formas!– la muerte, sino entrar en el ámbito de Dios, “un vivir para Dios”, donde “la muerte no tiene ya señorío sobre él” (Rom. 6,9-10).

El Resucitado significa la nueva Pascua, inaugura la nueva creación. La Vigilia proclamaba como primera lectura, el impresionante relato del Génesis, que reitera después de cada día creacional la confirmación: “vio Dios que era bueno... muy bueno” (Gen. 1). Se encendió el “cirio pascual” y su luz alcanzó a todos los asistentes, se cantó el Gloria y entonó el Aleluya. Se celebran los bautismos y se renuevan las promesas bautismales. Ha comenzado el “tiempo pascual”, tiempo de alegría y de esperanza. Con el Resucitado, aunque sólo sea como primicia, se hace ya presente la “nueva humanidad”; se impulsa la historia hacia adelante, hacia una humanidad más fraterna y solidaria; los creyentes en el Cristo resucitado estamos llamados a ser testigos y creadores de signos creíbles de esta nueva realidad, con mayor urgencia, si cabe, en el contexto actual de guerras, de desigualdad creciente, que genera pobreza, hambre, sufrimiento y desesperanza.

* Ciclo A

La primera lectura de este domingo se toma de “Hechos de los Apóstoles”, así será durante todo el tiempo litúrgico de Pascua. En este escrito de Lucas se nos transmite el testimonio de las primeras proclamaciones del evangelio a judíos y a paganos, a partir de ella se van constituyendo las primeras comunidades. En el texto, que hoy se lee, escuchamos la proclamación del apóstol Pedro a la casa de Cornelio, un centurión romano. De manera sucinta -la conversación sin duda debió ser más extensa y detallada- se resume la vida de Jesús con un “pasó haciendo el bien”, para concluir: “a quien llegaron a matar colgándole de un madero; a éste, Dios le resucitó al tercer día...”. Es el núcleo del “kerigma” (proclamación), que se repite y encontramos en los escritos más antiguos. En torno a esa fe se reúne y vive la comunidad cristiana. La Pascua es un tiempo oportuno para recentrar nuestra experiencia de fe, a veces dispersa en múltiples devociones y tradiciones, que llegan a opacar lo verdaderamente esencial: la fe y el seguimiento de Jesús, crucificado y resucitado para nuestra salvación.

La Pascua es acontecimiento que concierne en primer lugar a Jesús: el Crucificado vive en Dios. Y nos alcanza a nosotros: por el bautismo hemos sido incorporados a su muerte y resurrección. Lo recuerda la carta a los Romanos (6,3-11), leída también en la Vigilia. La comunidad y cada cristiano estamos llamados a que la perspectiva “pascual” oriente y marque nuestra vida con los rasgos de la de Jesús: “pasar haciendo el bien”, entregar la vida como servicio, vivir en la esperanza comprometida de la humanidad nueva y fraterna. Con otras palabras, lo propone la segunda lectura, de la Carta a los Colosenses: “si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba... no las de la tierra”. Ciertamente no se propone una evasión de nuestra tarea y de nuestra responsabilidad como personas de este mundo. Eso no es lo que mostró Jesús, todo lo contrario: “pasó haciendo el bien”. Las “cosas de arriba donde está Cristo” significan más bien la “vida nueva” de quien vive en la fe del Resucitado y orienta su vida según lo aprendido de Jesús. “Las de la tierra” corresponderían a las que, en el lenguaje de Pablo, son las obras “según la carne”, aquellas que fundamentalmente son fruto del egoísmo, desprecian al hermano y “son muerte” (Rom. 8,6). “Buscar las cosas de arriba” equivale a lo que Jesús propuso: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia” y “venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. El Reino de Dios representa, sin duda, “lo de arriba”, pero hay que buscarlo y acogerlo ciertamente ya en la tierra. La fe en el Resucitado implica el compromiso y la acción por una humanidad fraterna y justa, pasar de lo que acarrea muerte y marginación a lo que reconoce y promueve la dignidad y los derechos de los hasta ahora olvidados.

El evangelio está tomado de Juan. Acontece en torno al sepulcro donde habían puesto a Jesús, pero allí no ocurre ningún anuncio explícito de la resurrección, como leemos en los sinópticos. Hay la presencia de las mujeres, en realidad una, María Magdalena, aunque en un momento se expresa en plural; y la de Pedro y el discípulo amado que, avisados por ella de que “se han llevado del sepulcro al Señor”, corren hacia el sepulcro, lo contemplan vacío y creen: “Vio y creyó”. Ahí parece que comprendieron lo que “hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos”.

La fe en la resurrección de Jesús no es fruto de la constatación del sepulcro vacío. Sólo la fe, iluminada por la Escritura, les conduce a interpretar lo acontecido como “resurrección”, acción exclusiva de Dios que, al buen decir de Pablo en la carta a los Romanos leída en la Vigilia, “es un vivir para Dios” (Rom.6,10). La vida entera de Jesús, que se había desarrollado hasta el final como entrega fiel al Reinado de Dios y vivida en el servicio a la causa de la salvación-liberación de los seres humanos, no queda ahogada en la muerte. El Padre la reconoce como la vida del Cristo e Hijo de Dios. La vida nueva del Resucitado es un “vivir para Dios”, un vivir en Dios. En adelante, toda la vida histórica de Jesús requiere ser releída y recordada desde esta nueva clave. Es lo que hace la comunidad cristiana cuando cree, celebra y anuncia a Jesús. Y eso es lo que ella cuenta en los evangelios, para que nosotros hoy podamos creer que “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en él” (Juan 20,31). La fe en el Resucitado se concreta en el seguimiento de Jesús, se anuncia en el testimonio de la entrega de la vida y se celebra en la vida fraterna y en la eucaristía de la comunidad. La celebración de la Pascua debería significar un renacimiento en la comunidad eclesial y un crecimiento de la esperanza de justicia y fraternidad para toda la comunidad humana.

¿Tendremos la audacia de resucitar con Cristo en esta Pascua? ¿Qué signos de resurrección espera nuestra humanidad hoy? ¿cómo estamos dispuestos a concretarlos?

¡Feliz Pascua! ¡Aleluya, Aleluya!